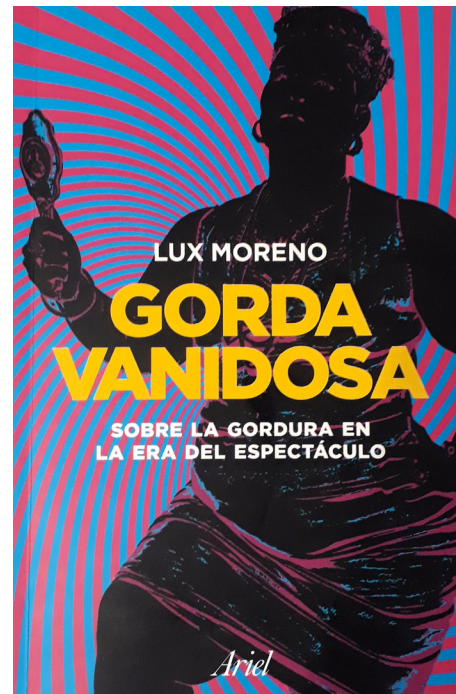


Escribir desde la carne, contra los mandatos que se posan sobre ella

MATÍAS SOICH

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y
TÉCNICAS - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Moreno, Lux, *Gorda vanidosa. Sobre la gordura en la era del espectáculo*, Buenos Aires, Ariel, 2018, 200 pp.

Recibida el 8 de febrero de 2019 -
Aceptada el 19 de febrero de 2019

"Diversidad corporal", "activismo gordo", "Fat Studies", "fat fashionismo"... No son estrictamente palabras nuevas, aunque sí lo sea su creciente difusión a través de los movimientos activistas y los medios de comunicación alternativos, primero, y luego también a través de algunos medios masivos. El activismo gordo es una parte del activismo que lucha por el reconocimiento de la diversidad corporal y contra los estereotipos e imperativos que legitiman ciertos cuerpos y deslegitiman otros –en este caso, los cuerpos delgados como cuerpos "legítimos" en desmedro de los cuerpos gordos o que superan cierta talla. Así como el movimiento de la diversidad sexual lucha por afirmar la heterogeneidad de deseos, placeres e identidades de género como uno más de los campos posibles y válidos de la experiencia humana, lxs activistas gordxs hacen otro tanto con la heterogeneidad de los cuerpos, de sus tamaños y volúmenes, de sus posibilidades de relacionarse con un espacio y un mundo que, al fin y al cabo, no existe por fuera de ellos.

Gorda vanidosa. Sobre la gordura en la era del espectáculo es el primer libro de Lux Moreno, Profesora en Enseñanza Media y Superior en Filosofía (FFyL-UBA), especializada en el Programa de Actualización en Comunicación de Géneros y Sexualidades (FSOC-UBA) y activista gorda y por la diversidad corporal. En él, la autora combina la reflexión filosófica, el análisis cultural y la historia de vida, no sólo para denunciar la estigmatización de las personas gordas, sino también y fundamentalmente para mostrar cuáles son las condiciones de posibilidad de esa estigmatización. En este sentido, una perspectiva clave a lo largo del libro es –tal como lo señala el prólogo, a cargo de Moira Pérez– la perspectiva interseccional. Lejos de conformarse con hacer un análisis acotado de la gordura

como si se tratara de un "nicho" más de la experiencia, Moreno se embarca en una crónica razonada que deja pocos puntos sin entrelazar con el tema central. Desde un marco teórico nutrido por la filosofía contemporánea, la teoría *queer* y los *Fat Studies* o Estudios Gordos (Nietzsche, Foucault, Blanchot, Merleau-Ponty, Haraway, Butler, Wann, Guthman), la gordura es analizada marcando su relación con, entre otras cosas, los estereotipos sociales, los productos culturales, el sistema de producción y consumo capitalista y las variables de la clase y el género. Precisamente, uno de los méritos del libro es traer a primer plano, en relación con todos estos temas, el lugar central –pero usualmente pasado por alto– de la corporalidad como punto de articulación de las numerosas operaciones de opresión e invisibilización que sostienen un determinado orden social.

Luego del Prólogo –que enmarca el recorrido teórico del libro y nos invita a interrogarnos críticamente sobre nuestras prácticas cotidianas– la Introducción comienza planteando sin ambages una situación político-corporal: "Hace como 30 y pico grados de calor, escucho ruidos de cacerolas afuera, estoy pegada a la cuerina de la silla, peso algo más de cien kilos y decir el número todavía me sigue molestando" (p. 29). Se expresa así la perspectiva de enunciación del libro: una reflexión filosófica y *situada* sobre la corporalidad, cuyo foco está puesto en un tránsito vital que va desde las experiencias de discriminación y patologización hasta el ejercicio crítico del activismo gordo por la diversidad corporal. Lejos de los recorridos pretendidamente transparentes de la "autosuperación", ese tránsito explícita desde el comienzo sus numerosas tensiones, tal como lo muestra la enumeración de los objetivos del texto:

contar una historia de sufrimiento, visibilizar las normas que regulan y oprimen la diversidad corporal, reivindicar los cuerpos gordos como dignos de ser vividos, hacer catarsis, desnudar imaginarios y vestir con humor la pesadilla social.

La segunda parte de la Introducción traza un breve recorrido por la historia del activismo gordo, centrado en tres etapas: desde los primeros movimientos de aceptación gorda a fines de los años sesenta en los países anglosajones y la constitución del campo de los *Fat Studies*, pasando por los años ochenta, con el crecimiento de las publicaciones teóricas en diálogo con la filosofía, y llegando finalmente a los noventa, cuando el movimiento se profundiza con nuevos cuestionamientos y enfoques interseccionales de la gordura, a partir de la alianza con los movimientos *queer* y feministas de la tercera ola. Este movimiento tiene su vertiente en América Latina, con su particular proliferación de lecturas, producciones audiovisuales, fanzines y talleres de debate, todo ello potenciado a través de las redes. Respecto del activismo gordo en Argentina, Moreno apunta dos ramas principales: en primer lugar, la enmarcada en el "*fat body positive*", cuya lucha se orienta hacia la inclusión de los cuerpos gordos en los estándares de reconocimiento de la salud y la estética (sobre esta línea, la autora señala como problemático que esos estándares no son cuestionados en tanto formas capitalistas del disciplinamiento). En segundo lugar, se encuentra la rama activada a partir del taller "Hacer la Vista Gorda", coordinado por Laura Contrera y Nicolás Cuello, basado en la socialización de lecturas y experiencias personales en pos de una reflexión interseccional, situada y crítica, que intervenga en la esfera pública a través de producciones textuales y audiovisuales. Se destaca, en este sentido, la primera compilación latinoamericana

americana de textos sobre el activismo gordo: *Cuerpos sin patrones: resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (editada por L. Contrera y N. Cuello, Buenos Aires, Madreselva, 2016).

El primero de los cinco capítulos que componen *Gorda vanidosa*, titulado “Ser gordos”, es el de impronta más marcadamente biográfica. Allí, la autora enhebra recuerdos y fragmentos que van desde la infancia hasta el encuentro con el activismo gordo en la juventud. Al repasar sus recuerdos escolares, enfatiza el surgimiento temprano de la conciencia sobre dos juicios sociales que se expresan como: *ser gorda es un problema y el cuerpo gordo es malo*. Con el tránsito por la pre-adolescencia, esos juicios adquieren nuevas facetas, haciendo que la rememoración se convierta rápidamente en una reflexión interseccional sobre los mandatos que pesan conjuntamente sobre la corporalidad y la sexualidad. “El estigma se expandía conforme avanzaba la edad: la simpleza de ser sólo gorda se transformó en ser incogible, pero ser cogible, a la vez, era ser puta” (p. 50). La autora cuenta cómo la aparición del deseo y la visibilidad como motivos centrales de la experiencia adolescente profundizaron la internalización de esos mandatos y, sobre todo, de la *falta* de tener un cuerpo gordo. El relato vira entonces hacia el inicio de una relación conflictiva con el propio cuerpo, que desembocará en el sometimiento a los dispositivos normalizadores y punitivos del sistema médico nutricional, en la adopción a rajatabla de una “épica del deporte y la dieta” cuya máxima es “no hay cuerpo que esté bien porque no existe un cuerpo lo suficientemente delgado” (p. 55) y en la experiencia de la anorexia y la bulimia como el punto singular de quiebre de ese trayecto.

A partir de allí, el recorrido vital toma un nuevo rumbo. Se trata de “devenir gorda”: un

período de idas y vueltas en torno a la medicina y la industria de la dieta, de las cuales va emergiendo una progresiva concientización sobre los mandatos “posados sobre la carne” (la idea de que hay algo que la sociedad *posa* y *hace pesar* sobre los cuerpos insiste a lo largo de la escritura). Este capítulo concluye con el descubrimiento del activismo gordo, durante la presentación del fanzine *Gorda! Zine* de Laura Contrera, y con el ingreso transformador al taller “Hacer la Vista Gorda”. “Por fin veía la salida de ese armario de normatividad constante sobre mi cuerpo; de pronto yo también era potencia de vida” (p. 65). Este descubrimiento introduce al primero de los personajes-armas que pueblan el libro y que, en este caso, le da su título: la *gorda vanidosa* (*wonder gorda*), guerrera contra la gordofobia y portavoz de la afirmación de la propia corporalidad como visible y deseable.

Ya desde su título, el segundo capítulo propone otro personaje en torno a la gordura: la “gorda enferma”. Este capítulo se concentra, precisamente, en la cuestión de la medicalización de los cuerpos. La autora introduce las nociones de *modelo médico hegemónico* y de la *policía de los cuerpos* (en intertexto con la novela *1984* de George Orwell) para explicar el rol de la cuantificación, medición y estandarización de los cuerpos en los procesos sociales que definen qué es y qué no es “ser sano”. La exposición se concentra en uno de los símbolos más poderosos de la medición corporal: la balanza. “Subimos a la balanza y, automáticamente, ya sabemos si estamos «sanos» para los parámetros de la medicina, si somos «bellos» –porque la belleza también se cuantifica con un número– y si somos «visibles» en el mercado de los cuerpos deseables” (p. 72). Apelando a autorxs como Foucault, Canguilhem y Campos, Moreno explica sintéticamente la genealogía de la ciencia médica como un dispositivo de

control social amparado por la “objetividad” como garantía de una voz inapelable. La idea fuerza que orienta este apartado es que la estandarización de los cuerpos es el vehículo de su moralización, en un pasaje que va de lo “normal/anormal” a lo “sano/enfermo” y, de allí, a lo “bueno/malo”.

Para mostrar este movimiento, la autora se dedica especialmente a repasar la historia del Índice de Masa Corporal (IMC), rebautizado irónicamente “Índice de la Maldad Culposa”. Desarrollado en el siglo XIX, dicho índice se obtiene al dividir el peso corporal de una persona por el cuadrado de su altura. El número resultante (IMC) es utilizado por la medicina –y luego por la industria de la dieta y el *fitness*– para determinar, de manera estandarizada, el nivel de “normalidad” y “salud” de cada cuerpo. Un cuerpo sano será, desde esta visión, aquel que no supere el IMC asignado a la obesidad o al sobrepeso. Frente a la pretendida objetividad de este índice, la autora brinda ejemplos y análisis a fin de mostrar tres puntos: 1) que “gordo”, “sano” y “bello” son características que han variado históricamente; 2) que nuestras ideas actuales sobre lo que consideramos como “gordo”, “sano” y “bello” están fuertemente influenciadas por el modelo médico hegemónico, con el respaldo de actores como la Organización Mundial de la Salud; y 3) que el uso de estos elementos y las consideraciones de las ciencias médicas sobre esas características no sólo varían históricamente, sino que dichas variaciones no son independientes de los cambios políticos y sociales.

El apartado que cierra este capítulo pone el foco sobre la alianza de la corporación médica y el mercado, a través de la cual se difunden los modelos hegemónicos de salud/belleza/juventud que mueven las industrias del *fitness* y la dieta. El análisis destaca dos variables que la industria

pone en juego al modelar nuestra noción de corporalidad: la *voluntad*, como el poder de modificar nuestro propio cuerpo –que remite a la concepción moderna, cartesiana y kantiana, del sujeto–; y el *tiempo*, como variable de control por excelencia del capitalismo tardío. En la encrucijada más extrema de ambas variables podemos encontrar dispositivos como las operaciones bariátricas, indicadas por la industria médica como soluciones para “reencauzar” aquellos cuerpos gordos, salidos de la norma, que han “perdido la voluntad” y no disponen del lujo del tiempo para revertir su situación. El hecho de que la voluntad, el tiempo y el dinero sean variables del disciplinamiento corporal da pie a otra reflexión interseccional, que conjuga la corporalidad con la clase social. La autora se/nos pregunta entonces “si realmente la salud es un bien que está al alcance de todos sin distinción o si simplemente las normas mismas que controlan nuestros cuerpos están alineadas con estándares de clases sociales específicas. (...) ¿Qué pasa con la gordura y la desigualdad social?” (p. 95). Así pues, el capítulo ofrece herramientas para comprender por qué cualquier disposición social sobre los cuerpos –desde los carteles que indican cuántas personas pueden subir a un ascensor hasta el tamaño de los asientos en un colectivo o la prescripción de una dieta por parte de un profesional de la salud– es, siempre, política.

El tercer capítulo, “La belleza de las gordas”, reflexiona sobre el vínculo entre belleza y delgadez –y su contraparte, entre la gordura y la fealdad– proponiendo como clave filosófica de lectura el anudamiento moral de lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero realizado por Platón. Además de señalar la pervivencia de ese anudamiento en los productos culturales masivos de nuestro tiempo, Moreno acude nuevamente a su

propia experiencia con la belleza y el cuerpo propio. Hablar sobre su primera metamorfosis, de gorda a flaca en la adolescencia –la segunda, aclara, es la que la lleva de gorda a activista gorda– le permite, en primer lugar, cuestionar el vínculo creado entre lo delgado, lo bello y lo deseable; y, en segundo lugar, conectar la cuestión de la corporalidad y la gordura con los estereotipos sociales en torno al género femenino, poniendo de relieve los mecanismos por los cuales “las formas de reconocimiento corporal atraviesan a las mujeres” (p. 110). Al igual que la versión estandarizada de la salud, el modelo hegemónico de la belleza será también un ideal inalcanzable. Al respecto, la autora señala agudamente: “muchas veces hemos escuchado que los cánones de belleza son relativos: sin embargo, me animo a decir que lo relativo del canon es el espacio *acotado* de lo que consideramos hermoso en relación con cierta norma” (p. 111-112). Dicha norma está regulada por el criterio de la *visibilidad* como imperativo sobre nuestros cuerpos, en tanto “debemos” tener cuerpos visibles para lograr el reconocimiento de nuestros pares (una afirmación que, lejos de ser obvia, apunta al corazón de la cultura posmoderna y nos mueve a preguntarnos por qué esto debería ser así). El control de la diversidad corporal es sintetizado en la imagen de la “pirámide del reconocimiento”, en cuya base se encuentran lxs que no cumplen con las normas de salud, delgadez y belleza; pero en cuya punta, contrariamente a lo que podría esperarse, no están lxs que sí cumplen con las normas, pues sólo la belleza ideal, inteligible e inalcanzable tiene derecho a sentarse en la cima. La belleza como un lugar al que “se llega”, nos dice la autora, se convierte automáticamente en un foco en el que convergen y desde el cual irradian todo tipo de mecanismos de control social sobre unx mismx y lxs demás. El

límite de ese sistema es apremiante, pues “pertenecer, en las condiciones actuales de producción de las corporalidades, es invivible” (p. 113).

Una mención especial dentro de este capítulo merece el apartado “Por dentro y por fuera: la gorda vanidosa como modo de resistencia”. La figura de la *gorda vanidosa*, que había hecho su primera aparición al comienzo del libro, se convierte aquí en el centro de una crónica profundamente amorosa. Encarnada como figura estética y vivencial, “entre brillos y joyas, con pretensiones de gorda famosa, de *vedette* medio pelo” (p. 120), se trata en verdad de un bastión de resistencia a los mandatos corporales, “una fuerza para hackear desde adentro, con cinismo crítico, la cultura actual” (*ibidem*). Asumirse como gorda vanidosa, relata Moreno, abrió su vida a múltiples potencias: entre ellas, la potencia para desafiar los estereotipos y prejuicios sobre su propio cuerpo, para cuestionar el mandato de la heterosexualidad compulsiva como organización *corporal* del deseo y, fundamentalmente, la potencia que permite “vincular un estado de lucha con un deseo contradictorio” (p. 124). Con ello, la autora se refiere a las contradicciones y tensiones que vivimos cuando, al intentar desafiar las normas sociales opresivas, percibimos que, de todos modos, ellas siguen ahí, modelando nuestros deseos. Un deseo contradictorio como es, en este caso, el de militar por la afirmación de los cuerpos gordos como cuerpos vivibles y amar, a la vez, los cuerpos delgados. Alrededor de la *gorda vanidosa* bailarían entonces, como “delgadas nínfulas”, las *anoréxicas*, sus lolitas (des)encarnadas. Fiel a su estilo, la gorda vanidosa lo devora y lo desestabiliza todo, incluso el tono de la escritura, y la reflexión teórica cede ante el poder socarrón de la ironía. Sin embargo, no por ello el capítulo pierde

de vista su objetivo, sino que concluye ofreciendo una propuesta a esos dilemas de la militancia: “No es fácil sostenerse en la contradicción de aquello que mamamos sobre la belleza y aquello que queremos construir como modo de resistencia. Pero ¿acaso vamos a dejar a esos estereotipos opresivos que elijan la vida que merecemos? No. La gorda vanidosa que soy jamás me permitiría conformarme. (...) Quizá nuestra opción sea construir desde estos cuerpos abyectos nuevos vanidosos que arrasen con las restricciones y se traguen el mundo con la voracidad del anhelo de tener una vida vivible” (p. 125-126).

El cuarto capítulo, “Las tecnologías del cuerpo”, analiza la práctica del deporte y el entrenamiento físico como tecnologías sociales que juegan un rol en la lógica del consumo y de control de los cuerpos. La autora traza un círculo imaginario que comienza por Platón, quien concebía la gimnasia como un entrenamiento apropiado para lxs guardianes de la *polis*, pasa por la masificación del deporte en la Inglaterra del siglo XIX, con los primeros clubes y federaciones, y desemboca en la actualidad, cuando esa masificación se intensifica como una forma de ocio pero, también, como una respuesta al mandato de “encajar” (*to fit*) “poniéndose en forma” (*to be fit, fitness*). “Estar en forma” será entonces releído como el mandato de encajar en las Formas o Ideas platónicas de lo Bello y lo Bueno (lo Sano, lo Delgado), cerrando así el círculo imaginario. El objetivo aquí es mostrar cómo la industria del *fitness* articula, a su manera, el imperativo de salud y belleza hegemónicas que deslegitima los cuerpos gordos desde la lógica de la visibilidad y el reconocimiento. La masificación actual del ejercicio físico como dispositivo de control asume características particulares, destinadas a satisfacer las exigencias del

mercado: así, al criterio de la visibilidad (el gimnasio como teatro de exposición de los cuerpos) se le suman los de la eficacia y el máximo rendimiento del tiempo, tal como lo muestran las rutinas personalizadas y las actividades de alto impacto en poco tiempo como el *crossfit*. “Todas estas prácticas, mediadas por los discursos de los estereotipos corporales, expresan la exigencia social de hiperproductividad y de buena gestión del tiempo que nos permita cumplir con las reglas impuestas por el sistema de consumo. Los cuerpos, así entendidos, son visibles en tanto sean capaces de producir y de consumir infinitamente” (p. 134).

Frente a esta realidad del deporte como dispositivo de control de los cuerpos, y a partir de su experiencia personal, signada por una larga historia de pasión por el ejercicio físico marcada por los prejuicios, la autora propone una salida a través de otro personaje vivencial. Este es la *gorda crossfat* o *gorda Baywatch*, “una gorda que hace su propio sistema de acondicionamiento físico involucrando lugares de cuidado y afectividad” (p. 147). En este punto, es fundamental su experiencia con el *queer fit*, movimiento que fomenta la actividad física desde parámetros no normativos, incorporando la perspectiva de género y la diversidad corporal. Ya no se trata de homogeneizar los fines de todas las personas que entrenan (bajar de peso como la única razón posible para que una persona gorda entre a un gimnasio), sino de afirmar la heterogeneidad de fines que surgen de la relación singular de cada cuerpo con la actividad física. La salida de la concepción y práctica hegemónica del deporte que propone Moreno pasa por una concepción de la corporalidad que rompe los moldes del liberalismo individualista (el *fitness* como gestión de sí) para incorporar, centralmente, a lxs otrxs como co-artífices de la propia corporalidad. “¿Qué puedo decir

de mi cuerpo con los otros? Es claro que muchísimo, puesto que resulta vital hablar de nuestros cuerpos en su relación con la alteridad, para rehabilitar las corporalidades diversas en tanto vidas posibles, y son estas interacciones las que nos permiten dismantelar los procesos que imponen los imperativos sociales y culturales sobre las corporalidades” (p. 147).

El quinto y último capítulo, “La opción de la identidad corporal: elegir ser gordo”, se apoya en todo lo expuesto anteriormente para ofrecer algunas reflexiones sobre los dilemas que subyacen a las prácticas militantes contemporáneas, particular pero no exclusivamente respecto de la diversidad corporal. Como se expuso en los capítulos anteriores, los imperativos sociales sobre el cuerpo se apoyan en un triple régimen: de consumo, de reconocimiento y de (in)visibilidad, cuya puesta en marcha produce serios efectos de discriminación y exclusión sobre las personas gordas. A este cuadro se le suma el hecho de que el capitalismo actual se encarga de absorber las reivindicaciones de derechos logradas por las distintas minorías, a través de la asimilación de sus identidades como otros tantos objetos de consumo. De esta manera, el sistema no sólo ejerce un fuerte control sobre los cuerpos normalizados, sino que opera produciendo nuevas jerarquías de reconocimiento al interior de las comunidades que desafían la norma. Este fenómeno, señalado por los estudios *queer* respecto del movimiento LGBTI (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex), es recogido por la autora para reflexionar sobre las posibilidades presentes y futuras del activismo de la diversidad corporal: “debemos preguntarnos si afirmar la particularidad del cuerpo gordo o de cualquier otro como más adecuado resulta una estrategia pertinente o no” (p. 160).

El resto del capítulo ensayará una respuesta política a esta pregunta, proponiendo una concepción de la identidad que, apuntalada por distintas nociones filosóficas, pueda servir como una idea fuerza para respaldar las luchas pendientes. En primer lugar, la autora propone una militancia de la diversidad corporal basada en una concepción del *cuerpo* de raigambre merleau-pontiana, es decir, del cuerpo como un punto de encuentro siempre potencial con el mundo, que permita “rebelarnos contra los estándares corporales y pensarnos desde una experiencia abierta del mundo en la que el cuerpo se significa en una singularidad encarnada” (p. 165). En segundo lugar, la noción de *ficción* es ponderada en un doble sentido: como un elemento central de los dispositivos de control a combatir (por ejemplo, la ficción neoliberal de la autosuficiencia de los cuerpos) pero, a la vez, como un elemento de resistencia, una trinchera nietzscheana desde la cual engendrar nuevas ficciones y nuevas posibilidades corporales que desafíen esos dispositivos sin dejarse asimilar por el mercado. En tercer lugar, a partir de la definición de Vigarello de la gordura como una “*identidad quebrada*” que no se ajusta al sistema de reconocimiento subjetivo, la autora abre una pregunta clave: ¿es posible, en estas condiciones, crear comunidades político-afectivas de resistencia desde las corporalidades diversas? Pregunta que también puede formularse como: ¿cuál es el valor estratégico de la identidad (corporal) como base de resistencia? La respuesta (o mejor dicho apuesta) está dada en clave blanchotiana, apelando a la promesa de una comunidad por venir: la comunidad de lxs que no tienen comunidad, porque han sido excluidxs del sistema social de reconocimiento. Para Moreno, esta insuficiencia abre a un mundo heterogéneo de posibilidades, relaciones y acciones entre los cuerpos y el mundo, más allá de la lógica sofocante de la

(in)visibilidad. “La identidad corporal aparece así como una potencia que no puede limitarse a un único modo de ser y como una alternativa que busca, en esa promesa de lo colectivo, una identidad comunitaria que exceda el marco de lo visible y lo invisible. (...) una identidad que, en su apertura, se transforma en un hacer político porque abrirse a la experiencia en una heterogeneidad corporal da cuenta de una subjetividad cuyo correlato es una acción política” (p. 173).

En las Conclusiones, se repasan los tres ejes principales en torno a los cuales se analizaron los mecanismos de control corporal: la belleza, la salud según el modelo médico hegemónico, y el deporte y la industria del *fitness*. En todos estos frentes, las personas gordas son puestas en el lugar del infractor que no cumple con los imperativos y que a su vez, a través de esa falta, se vuelve funcional al sistema como caso aleccionador. Finalmente, el último apartado del libro plantea la necesidad de establecer alianzas y comunidades de cuidado entre el activismo de la diversidad corporal, el feminismo y la diversidad sexual, puesto que todos estos grupos se encuentran atravesados, cada uno a su modo, por los mismos mandatos perniciosos respecto de los cuerpos que se salen de la norma. Si la meta del activismo gordo no es otra que “deconstruir las relaciones instituidas que tenemos con nuestros cuerpos” (p. 184), para la autora dicha meta debe realizarse también al interior de los movimientos de resistencia.

Gorda vanidosa es un libro a la vez polifacético y concreto, capaz de alternar sin solución de continuidad entre diferentes registros y perspectivas: la primera persona experiencial, la explicación impersonal, lo formal, lo absurdo... Sin eufemismos y con

un humor franco, pone en palabras el sistema de opresiones que día a día organizan nuestras corporalidades. La escritura tiene algo de catarsis, pero lejos de quedarse allí, la autora teoriza y ofrece una profusión de herramientas para empezar a comprender cómo nuestros modos “individuales” de vida forman parte de un vasto entramado cultural de regulación de los cuerpos, con rotundas consecuencias para todxs: *lo corporal es político*. Una virtud peculiar de la escritura de Moreno es, en este sentido, su capacidad para hacer resonar su experiencia particular con las experiencias y opiniones de quien lee, más allá del mayor o menor grado de semejanza que pueda haber entre las respectivas situaciones de la autora y sus lectorxs. Así pues, el libro ataca su objetivo por varios flancos: apela a la razón y a las emociones, a las experiencias personales y los consumos culturales, a los saberes académicos y las expectativas, en un asedio teórico y militante que difícilmente resulte infructuoso.

Finalmente, cabe señalar que *Gorda vanidosa* está planteado como un ensayo filosófico de divulgación y que, desde una perspectiva crítica, funciona como una estimulante puerta de entrada a cuestiones como el activismo gordo, la diversidad corporal y los dispositivos contemporáneos de control. Sin embargo, el potencial del libro, reflejado en una amplitud de temas y estilos que no pierden nunca su hilo conductor, lo hace resistente al encasillamiento, convirtiéndolo así en un insumo valioso para abordar dichas cuestiones en múltiples espacios. Se trata, por lo tanto, de un libro que puede funcionar tan bien en el ámbito académico como en el docente, el artístico o el militante. Como el horizonte, que abre la mirada sin dejar de seguir una línea imperturbable, *Gorda vanidosa* combina la rigurosidad temática con la versatilidad de la crítica.